

que sabían unir la vida activa con la contemplativa, y que las solicitudes de sus cargos no les impedían consagrarse á un grande recogimiento.

El cuidado con que velaba san Basilio por estas esposas de Jesucristo no le hacía descuidar á las que profesaban el mismo estado en otros lugares, y sobre todo á las religiosas del monasterio de su hermana santa Macrina. Se conserva una carta de este Santo dirigida á Teodora, canonesa, inclinándose Tillemont á creer que ésta vivía en este monasterio, lo cual, sin embargo, es incierto. Teodora era de muy ilustre nacimiento, y hacía profesión de observar exactamente las reglas del Evangelio hasta en las cosas más pequeñas. Expondremos lo que le dice el Santo, porque puede servir de regla de conducta á las personas que aspiran á la perfección evangélica.

« La incertidumbre, dice, en que me hallo de que mis cartas lleguen á vuestro poder, me hace perezoso en escribiros. La malicia de los mensajeros hace que las cartas vayan á otras manos, pues las cosas están ahora en un estado lamentable. Por esta razón esperaba que me hicieseis alguna reconvención, y que me obligaseis á escribiros para salir de mi duda. Pero ya os escriba, ya guarde silencio, ocupais siempre en mi memoria un lugar preferente, y todos los días os encomiendo á Dios, para que podais concluir santamente vuestra vida, y llegar al fin á que aspirais. »

« No es pequeña empresa cumplir exactamente todas las promesas que habeis hecho. Cada cual puede abrazar un estado de vida conforme á las máximas evangélicas; pero conozco á pocas personas que cumplan exactamente los deberes de su profesión, y que no los quebranten en algunas ocasiones. Hablar con sobriedad, tener los ojos puros como manda el Evangelio, trabajar sólomente por servir y agradecer á Dios, componer modestamente el exterior y arreglar los movimientos del cuerpo según el orden establecido por

Dios, ser modesto en el vestir, circunspecto en el trato con los hombres, comer lo estrictamente necesario, y prescindir de lo superfluo son cosas que, consideradas en sí mismas, parecen de poca importancia, pero que se necesita hacer grandes esfuerzos para practicarlas con perfección, como lo sé por experiencia. »

« La humildad exige no dejarse hinchar por el brillo del nacimiento, ni por otras ventajas tanto corporales como espirituales, y que la opinion que de nosotros hayan formado los hombres no sirva de materia para fomentar nuestro orgullo y vanidad. Todas estas máximas se refieren á la profesión de la vida evangélica, así como la continencia, la asiduidad y el fervor en la oración, la compasión de los que sufren, la caridad para proporcionarles las cosas de que necesitan, los sentimientos de humildad, la compunción del corazón, la sinceridad de la fé, la paciencia en las adversidades y la continua consideración del juicio divino y de su tribunal, ante el cual hemos de comparecer en breve. Pocas personas piensan en esto seriamente, ni se preocupan de su suerte. »

Tenemos una carta dirigida por el Santo á unas canonesas, á quienes los herejes, para arrastrarlas al error, habían intentado hacer sospechosa su fé, mientras que habían insinuado en el ánimo del Santo malas ideas de ellas, con objeto de sembrar la división entre las personas que seguían la verdadera fé. Pero habiendo intervenido el obispo de Bósforo, disipó estas sospechas, y descubrió los artificios de la impiedad.

Por lo demás, estas canonesas eran verdaderamente religiosas, pues desde el tiempo de san Basilio tomaron este nombre todas las vírgenes consagradas al Señor y sujetas á una regla, que en griego se designa con la palabra *cánon*, catálogo de la comunidad. La prueba de ello se vé en la descripción del *Tratado de las penitencias regulares*, en que

halla al fin de las pequeñas reglas dictadas para las mujeres que vivían en común en un monasterio, y que seguían la observancia de los regulares en comunidad.

Este santo Doctor habla también en algunos otros pasajes de sus obras, del gobierno de los monasterios de religiosas. Hé aquí lo que dice en un *Tratado espiritual* para la dirección de los solitarios. Después de exponer la ventajas de la vida religiosa, la necesidad de ser dirigida por un superior, la obediencia que se le debe dar, la caridad fraterna, las conversaciones de los religiosos y la manera de salir del monasterio, dice, hablando de las religiosas: « Más puesto que no son sólo los hombres los que forman las comunidades, sino que éstas se componen también de vírgenes, lo que acabamos de decir debe entenderse de unos y otras, siendo necesario notar que la dirección de las vírgenes necesita mayor atención y una disciplina más exacta, pues su estado las obliga á mayor pobreza, á silencio más riguroso, á obediencia más perfecta, á caridad más ardiente, á más severa precaución en las salidas del monasterio, á especial vigilancia sobre sí mismas en las conversaciones, á mayor afecto entre sí, y á mayor alejamiento de toda parcialidad y división: pues en el celo y aplicación á todas estas cosas consiste la principal perfección de las vírgenes. »

« La que se halle encargada de la dirección del monasterio no buscará aquello que más agrade á las hermanas para satisfacer sus pasiones, sino que guardará en todas las cosas la autoridad y la gravedad, haciéndose respetar de todas sus súbditas, no olvidando que Dios ha de pedirle estrecha cuenta de todas las faltas que se cometan en la comunidad. » Hagamos notar aquí, aunque de paso, que las superiores no deben tomar tan á la letra las palabras de san Basilio, que bajo pretexto de guardar la autoridad y la gravedad, falten á la dulzura y condescendencia que inspira

la caridad cristiana, pues al mismo tiempo que superiores, son madres, cuyo carácter exige tanta autoridad como ternura.

« Que ninguna religiosa, prosigue san Basilio, pida á la superiora cosas que le sean agradables, ni la obligue á dar cuenta de sus mandatos, porque semejante conducta sería un acto de rebelión y un principio de independencia. Pues así como nos sometemos á los mandatos de Dios, sin exigirle la razón en cuya virtud los impone, de la misma manera deben las religiosas recibir, sin discutir las, las órdenes de la superiora, y ejecutarlas con gozo, para merecer de Dios la recompensa de su sumisión. »

« Y no sólo deben someterse á su superiora, cuando lo que les ordena es conforme á la más exacta disciplina, sino cuando les prohíbe ayunar, ó les manda tomar alimentos más sólidos, ó hacer alguna otra cosa que mitigue el rigor de la observancia, en cuyo caso deben prestarle una perfecta obediencia, estando persuadidas de que cada una de sus palabras es una ley. » Notemos acerca de estas palabras, que no pretende el Santo dar á las superiores la facultad de alterar el rigor de la observancia con dispensas dadas sin necesidad y por capricho; sino que sólo da á entender que, cuando una superiora, que ama el buen orden y la regularidad, crea oportuno dispensar, por causa de enfermedad ó de trabajo, algunas austeridades de la regla, como el ayuno, las vigiliias y otras prácticas semejantes, la religiosa debe recibir este mandato con sumisión, y no oponerse con pretexto de celo ó de fervor, sino que ha de someter su propio juicio al de la superiora.

Dice después el Santo que, cuando sea necesario hablar á algún hombre para cosas necesarias, deberá hacerlo la superiora en presencia de una ó dos religiosas ancianas y respetables por su virtud. Esto mismo lo confirma en el compendio de sus reglas, que se conocen vulgarmente con

el nombre de *Ascéticas*, en que, explicando como deben hablar los religiosos con las hermanas, dice: 1° que deben abstenerse de hacerlo por pura complacencia, y sólomente por necesidad; 2° Que no debe darse licencia á todos absolutamente; 3° que deben tenerse en cuenta el tiempo, la utilidad, los lugares y otras circunstancias, á fin de quitar toda sombra de sospecha y de mal ejemplo; 4° que las personas que se escojan para hablar de cosas agradables á Dios, ya se refieran á necesidades temporales, ya á espirituales, demuestren en sus palabras y en toda su conducta la santidad, la prudencia y la sabiduría que deben esperarse de una profesión tan santa; 5° que se procure que en estas conferencias no haya por cada parte ménos de dos personas, ni más de tres, para que el excesivo número no sea obstáculo á los que se debe á Dios, y por último, que se procure que haya mucha sabiduría tanto en las preguntas como en las respuestas que se hagan de una y otra parte, á fin de que saquen edificación y provecho espiritual.

Hé aquí otra recomendación que hace muy encarecidamente, y que demuestra la atención que ponía en conservar el buén orden en los monasterios de religiosas: pues para quitar toda ocasión de murmuración, ó de división, quiere: 1° que el superior no tenga frecuentes conversaciones con la superiora, sino que las evite, ó las abrevie en lo posible: 2° Proponiendo la cuestión de si un superior debe hablar á una religiosa de las cosas concernientes á la edificación de la fé, es decir, de cosas espirituales, sin que se halle presente la superiora, contesta que el hacerlo así no está conforme con el precepto del Apóstol, que manda que todo se haga con decoro y orden. 3° Pregunta también si la superiora tendría derecho á quejarse en el caso de que el superior mandase alguna cosa á una religiosa sin participárselo, y responde que tendría mucha razón para hacerlo.

Debemos observar que estas reglas no se refieren á los obispos, sino sólomente á los superiores nombrados por el obispo diocesano para dirigir los monasterios bajo sus órdenes, y como el obispo escogía ordinariamente para este cargo á religiosos venerables por su edad y por su virtud, debían estos superiores obrar en todo de acuerdo con la superiora, á fin de que fuese esta armonía el fundamento de la que debía reinar en el monasterio.

Añadiremos, por último, que aparece de una de las reglas de san Basilio, que las religiosas se ocupaban en hacer obras de lana, habiendo en el monasterio una religiosa encargada de dirigir y hacer la distribución de los trabajos, acarrea de lo cual dice, que esta hermana debía guardar las lanas y obras con ellas construidas, como un depósito que Dios le había confiado, distribuyendo la tarea de cada religiosa sin acepción de personas.

Nadie tan adecuado para instruir á las religiosas como el gran san Basilio, pudiendo asegurarse que ninguno otro lo habría hecho con más celo y caridad. Así aparece de lo que hemos dicho, y lo confirmará el resúmen que vamos á hacer de sus cartas y de sus *Ascéticas*. Expondremos primeramente lo que escribió á un superior encomendándole á un prosélito, y despues daremos sus lecciones á las religiosas en general.

« Ha venido aquí, dice al superior de uno de sus monasterios, un hombre, manifestando que profesa grande desprecio á las vanidades de este mundo, y que se halla convencido de que los placeres de esta vida son cortos, mezclados de grandes amarguras, y despues de la muerte sirven de pábulo al fuego eterno. En su consecuencia, añade que se halla resuelto á renunciar al mundo para entrar en el camino de la salvación. Si es firme su propósito, como dice, si su corazón se halla verdaderamente penetrado del amor de Dios, si ama, según la frase de las santas

Escrituras, al Señor con todo su corazón, con todas sus fuerzas y con toda su alma, cuidado de instruirlo en las dificultades y trabajos, que tendrá que vencer en el estado que quiere abrazar: fortalecedle al mismo tiempo con la esperanza de los bienes invisibles que Dios tiene reservados á los que le sirven con fidelidad. Os ruego que lo examinéis, y lo admitáis caritativamente en vuestra compañía. Formadle según las reglas que nos han prescrito los santos Padres; poned ante sus ojos lo que deben hacer los que abrazan la vida religiosa, para que instruido perfectamente en sus deberes, los pueda practicar, y ved, por último, si se halla dispuesto á llevar el yugo de Jesucristo, cuyo ejemplo debe seguir, si ha de merecer las recompensas que ha prometido á los que cumplen fielmente su vocación. Deseaba comenzar aquí este género de vida; pero he preferido enviarle á vuestro lado, para que vuestro buen ejemplo le anime al combate espiritual. Dadle un director según la voluntad de Dios, que le instruya en sus deberes, y lo ilustre con su prudencia. Haced sin mí lo que yo deseo hacer con vuestra ayuda.»

Esta carta enseña á los directores de las casas religiosas como deben examinar á los que han de entrar en ellas: como deben escudriñar sus intenciones y disposiciones: que han de procurar que no ignoren las dificultades del estado que quieren abrazar, ni las austeridades de la regla: que han de animarlos con las recompensas eternas, y por último, que han de darles un director que los instruya, y que con su vigilancia, con sus consejos y su solicitud los pongan en disposición de ser buenos religiosos.

Se encuentra también entre las cartas de este Santo una exhortación á unas religiosas jóvenes, que, más que una carta íntegra, parece ser el final de un discurso. Hé aquí lo que les dice. « Vosotras que habeis abrazado la vida solitaria para seguir las reglas de la fé y de la piedad, ejer-

citaos en la meditación de las máximas evangélicas: aprended á domar el cuerpo, á humillar el orgullo del espíritu, á purificar vuestros pensamientos y á resistir los ímpetus de la cólera. Si se os ha hecho alguna injusticia, perdonadla por amor de Dios: sufrid con paciencia las persecuciones y las injurias: no deis treguas á los vicios: abrazaos á la cruz de Jesucristo: no os afaneis por otra cosa que por agradar á Dios, para que merezcáis ser admitidas á la compañía de los ángeles y de los santos. Desead ardientemente participar de esta dicha por la gracia de Jesucristo, á quién sea dada gloria por todos los siglos.»

Tenemos otra carta dirigida al solitario Chilon, y en la que dá excelentes consejos á los novicios. « Mi trabajo, querido hermano, le dice, no será inútil, si escuchais con docilidad los consejos que he resuelto daros sobre la importancia de vuestros deberes, y que me habeis pedido con mucha instancia. Muchos comienzan con gran fervor; pero hay pocos que concluyan con el mismo. No basta manifestar ánimo en un principio: pues no se recompensa más que el fin de la carrera. Es preciso, por lo tanto, que en un principio hagais grandes esfuerzos, si habeis de llegar al fin que os habeis propuesto. No es perfecto el que comienza, sino que es preciso que lo sea cuando llegue el juicio á que ha de comparecer en la presencia de Dios.»

« Vigildad sobre vos mismo, no sea que el enemigo de vuestra alma os envuelva en sus redes, como se envuelve un gamo. Recordad que estais rodeado de peligros, y que caminais por la pendiente de un precipicio. No os hagais la ilusión de llegar desde un principio al más alto grado de la perfección religiosa. Caminad paso á paso por este sendero: no lo hagais por vuestros propios consejos: matad poco á poco los malos hábitos: no os dejeis acobardar: cuando hayais estirpado enteramente la raíz de una pasión, atacad la otra: de esta manera triunfareis fácilmente.»